Una vez leí que lo primero que llama la atención de África es la luz. En mi caso, puesto que llegué cuando ya era de noche, no fue la luz lo que me impactó, sino el calor sofocante que me abofeteó nada más salir a la calle. Eso y el ruido, el enjambre de taxistas ofreciendo sus servicios y una sensación de descontrol absoluto. La llegada a Blaise Diagne fue dura y caótica, no voy a mentir, pero supe que mi aventura empezaba por superar ese primer reto: encontrar a Ahmadou, nuestro taxista, para llegar a Gadiack. Así empezó la que probablemente haya sido la mejor experiencia de mi vida, un 2 de agosto de 2023.

La primera vez que alguien me mostró amabilidad en este país no tardó mucho en llegar. Un taxista debió de verme lo suficientemente desubicada como para venir a ayudarme a localizar a mi chófer. Al principio desconfié de esta amabilidad, pero decidí que no me quedaba otro remedio que fiarme. Y creo que hice bien, porque en un Senegal caótico, donde la cobertura llevaba restringida varios días, no sé cómo habría dado con Ahmadou de no ser por la ayuda de este hombre. Cuando por fin le encontré, esperándonos paciente y sonriente, pude respirar tranquila y me sentí segura aún sin conocerle de nada. Nos subimos en un Opel del año de la tana y pusimos rumbo a Gadiack. Durante el camino Ahmadou se mostró cercano y hablador, con ganas de conocernos y de responder a nuestras preguntas. También nos llevó a comprar agua embotellada, algo de fruta y café. Y por fin, tras un viaje de casi dos horas por una carretera mal asfaltada y sin señal alguna, llegamos al Poste de Santé de Gadiack.

A nuestra llegada, sobre la una de la madrugada, nos recibió el Doctor Saliou Dione con la cena esperándonos, la cama preparada y el ventilador en marcha. También estaba allí Nuria, una voluntaria que ha sido mi gran descubrimiento de este viaje y con la que he compartido risas, angustias y confidencias. Rápidamente me fui a dormir, aunque no por mucho tiempo, porque a las seis de la mañana la luz y el cacareo de los gallos me despertaron. Salí de la habitación para ver cómo era todo, y me encontré con un jardín frondoso, verde y salvaje. Dione se levantó enseguida, trajo un par de sillas y me ofreció café. Recuerdo que charlamos un rato y se esforzó por conocer más sobre mí y sobre mi vida en España. Todo el tiempo me repetía lo agradecido que estaba con todos los voluntarios que íbamos allí para ayudar.

Jardín del recinto hospitalario

Confieso que el primer día tuve dudas sobre si me iba a gustar la experiencia. Era un jueves en el que, como todos los jueves, había un mercado en la localidad de Mbafaye. Parece de locos, pero allí es mucho más prioritario trabajar la tierra de cultivo o ir a comprar al mercado antes que acudir al hospital por una urgencia médica. Por ello, los días de mercado no son tan concurridos como el resto. A eso de las diez de la mañana me vi sin un solo paciente al que poder atender y con un día completo sin aparentemente nada que hacer. Pensé que como todos los días fueran así de tranquilos el mes se me iba a pasar lentísimo, y eso me asustaba porque sabía que el aburrimiento traería consigo la nostalgia de estar en casa.

Dione nos presentó al personal del hospital, del que me gustaría hablar un poco porque se han convertido en una especie de segunda familia para mí.
En primer lugar, conocí a Madame Dogue, la "sage femme" o matrona, que vive también en una casa en el recinto del hospital. Es una mujer divertida, fuerte y enérgica, con la que he compartido conversaciones que sin duda me llevo como lección de vida.
Con ella vivían sus tres hermanas pequeñas, su sobrina Mamman y su preciosa hija Nabu, de siete meses de edad. Todas ellas, a su manera, han contribuido a enseñarme su forma de vida, ya fuera enseñándome a hacer la colada, cocinando, jugando o cantando y bailando.

También tuve la gran suerte de conocer a las dos enfermeras, ambas de nombre Fatou, con las que tanto tiempo he compartido; y al enfermero, Issa, con el que he pasado noches enteras de guardia en el hospital, charlando y bebiendo té. También nos acompañaba Mbaye, siempre sonriente y bromista, que trabajaba en la farmacia junto a Odette. Esta última es una chica de unos veinte años que ha sido para mí una especie de hermana mayor. Con ella he pasado tardes enteras hablando, cocinando platos típicos y aprendiendo a bailar al ritmo del tam tam senegalés.

Si bien he dicho que el primer día tuve mis dudas, no tardé en darme cuenta de que iba a ser un mes interesante. La noche del primer día me quedé con Issa y algunos más durante la guardia. Allí el mejor plan al que puedes apuntarte es el té, pues es un momento de tertulia y de compartir. Pues ahí estábamos a medianoche, bebiendo té y conversando, cuando de repente escuchamos llegar un carro de caballos llegando al hospital. A continuación, se bajó de él una chica joven que estaba de parto, acompañada por una mujer que supuse era su madre. A pesar de mi poca experiencia médica (se podría decir que inexistente en el ámbito de la ginecología) Issa y la matrona me dejaron ayudar en todo el proceso. Nunca antes había asistido a un parto, y mucho menos hubiera imaginado que la primera vez sería una madrugada de agosto en un lugar recóndito de Senegal.

Como he dicho, este momento fue el empujón que necesitaba para convencerme de que quería quedarme a conocer este lugar. Acabamos de atender a la mujer a eso de las dos de la madrugada, cansados de estar en cuclillas, pero satisfechos de que la madre y el bebé hubieran salido adelante.
No recuerdo cuantos partos atendimos ese mes, pero el impacto de ver la fortaleza de esas mujeres, cómo daban a luz sobre una colchoneta, sin anestesia y en ocasiones sin luz ni agua corriente, es algo que nunca me dejó de impactar.

A partir de ahí el mes fue rodado. Los días a veces se hacían largos, pero siempre había alguien con quien estar, un paciente que atender o un niño con el que jugar. Era un ritmo diferente, calmado y sin el estrés del que venimos tan acostumbrados. Poco a poco me notaba cada vez más adaptada, ya no a nivel psicológico, sino también físicamente. A los pocos días el calor no me parecía tan sofocante como al principio, dejé de sudar tanto y me acostumbré a los mosquitos, las ranas, el polvo… No voy a mentir, al principio el cambio me costó, pero enseguida entendí que era parte de la experiencia y que todo era acostumbrarse.
El poblado era seguro y todos los que allí vivían se esforzaban por conocerme y por integrarme. A lo mejor era mera curiosidad por la *toubabe*, que es como nos llaman a los blancos en wolof. Es cierto que los primeros días me miraban, se reían o comentaban, pero asumí que era lógico al ser yo extranjera y tan diferente. Con todo, nunca recibí una mala cara o indicios de que alguien no me quisiera allí.

Las mujeres me enseñaron a cocinar algunos platos típicos: *thiebou dienne, maafe, yassa…* La comida era a base de arroz y pescado, aunque también había pollo y ternera. Nunca comíamos cerdo porque, aunque también había muchos católicos, la mayoría de la población era musulmana. Y hablando de religión… las dos religiones que allí predominaban convivían perfectamente. Musulmanes celebraban no sólo sus fiestas, sino también las católicas, y viceversa. Cinco veces al día rezaban en la *mosqué* (mezquita) y se oían cánticos y rezos por todo el poblado.
Así poco a poco fui integrándome y absorbiendo todo lo que pude de esta cultura tan distinta. Al final del mes ya me ponían pareos y pañuelos en la cabeza y bailábamos y preparábamos el té como si lo llevara haciendo toda la vida.

Por otra parte, a mitad de estancia decidí ir unos días a la playa para conocer un poco más el país y ver la costa. Estuve cuatro días en Saly Portudal, a unas dos horas en coche de Gadiack. Fue Ahmadou quien me llevó hasta allí y me recomendó alojamientos y sitios para visitar. El primer día coincidí en el hotel con otras dos voluntarias, madre e hija, con las que visité la Laguna de Somone. Dimos un paseo en barca entre los

manglares, pedimos nuestros deseos al baobab sagrado, fuimos a la playa y terminamos comiendo en el *Chez Rasta* con buena música y mejor comida.
Los días siguientes estuve sola, y aunque al principio me dio apuro, enseguida vi cómo todo el mundo estaba dispuesto a echarme una mano. No solo el personal del hotel, que me aclaró todas mis dudas, sino también la gente local, que me enseñó los rincones más típicos y perdidos de Saly. Esos días fui mucho a la playa, compré en mercadillos, hice un safari por la reserva de Bandia y conocí la ciudad de Mbour.
Sin duda, a pesar de la decadencia de muchos lugares, es un país que no te deja indiferente, con entornos naturales preciosos y del que ojalá algún día pueda conocer más.

Eso sí, no todo fue perfecto. Estando en Saly me puse enferma de una otitis que tal vez no fuera tan grave, pero que estando fuera de casa se me hizo un poco cuesta arriba. De todas formas, me sentí muy arropada. Desde España, tanto Rafael como mi familia me apoyaron en todo y me dieron posibles soluciones; y en Gadiack, cuando volví, el personal del hospital y en especial el doctor Dione me cuidaron y me dieron todo lo que necesitaba hasta que mejoré. Tal vez no fueran los mejores medicamentos, no hubiera un buen otoscopio o tuvieran formas de tratamiento distintas, pero me quedo con la sensación que tuve de estar acompañada en todo momento y sentirme en casa aun cuando la situación era difícil.

Y así pasaron los días, rápidos e intensos. Fue muy especial el día que hicimos en el hospital la campaña de vacunación que se organiza mensualmente. Recuerdo ver cientos de mujeres vestidas con colores vivos sentadas con sus hijos, charlando y riendo juntas en las esterillas mientras vacunábamos a los niños.

No quiero extenderme mucho más porque podría rellenar páginas enteras hablando sobre Senegal, su gente, su música, su vitalidad… Hoy, casi tres meses después de haber vuelto, me sigo acordando cada día de lo que viví y agradezco de corazón que me hayan abierto las puertas de su casa para conocer su forma de vida. Aún mantengo el contacto con Dione, con amigos de Gadiack y Saly, con Ahmadou, con el personal del Poste de Santé… gente que me ha enseñado mucho y que me llevo para siempre conmigo. Espero volver muy pronto para reencontrarme con ellos y seguir conociendo más a fondo este lugar.
Gracias a CCONG y a Rafael en especial por estar siempre de apoyo y por hacer todo esto posible. Sin duda, ha sido el mejor regalo que me ha podido hacer la vida.

JIMENA OJEDA GARCÍA
Agosto 2023